

El otro Carlos

— • —
O. M. Soto-Cudnoch



El otro Carlos

*En 1982 miles de
jóvenes argentinos fueron a las islas.
Algunos fueron valientes,
otros lo intentaron ser.
Luego estuvo Carlos, el otro Carlos.*

Los 70 estaban demostrando ser la mejor década de la historia. La televisión estaba llegando a casi cada casa y la transmisión vía satélite era una realidad. Todo parecía estar al alcance de las manos.

Sin embargo, en el barrio San Martín el sueño más grande era ver pasar la motoniveladora. Incluso había alguna que otra pelea para ver quién tenía la calle con menos piedras, o menos baches.

En ese mundo hecho de viento y tierra nació Carlos González. No son páginas llenas de coraje y honor. Eso habría que buscarlo en otra parte del barrio.

“Esta calle es peligrosa, Carlitos”, dijo su madre y se negó a dejarlo salir a jugar a la calle. La infancia del chico fue casi en su totalidad puertas adentro.

No era una casa con comodidades. No había libros, juegos de mesa o televisor. El pequeño Carlos solo tenía algunos gatos y perros con los que jugar.

Sin embargo, a diferencia de otros chicos, no los quería acariciar o abrazar. Su interés en los animales pasaba por otro lado. Uno del que la gente prefiere no hablar.

Fue a la escuela Juan XXIII, como todos los chicos del barrio. El primer grado fue difícil, también el segundo y el tercero. El cuarto lo repitió y cuando debía empezar el quinto, la madre lo quiso retirar: “nadie maltrata así a mi hijo”, dicen que dijo. Pero desde la escuela le pidieron que

intentara un año más, que “¿qué tiene para perder?”.

Sus hermanos tampoco fueron amigos de los estudios. Uno dejó la escuela a los trece años, el otro un poco después. El siguiente quedó en el misterio; antes de los veinte años tuvo un altercado con un hombre y luego, dicen, abandonó la ciudad.

La señora Blanca había quedado sin su marido, para bien, dijeron las vecinas. Esos años fueron difíciles para Carlitos. Todos sabían que tenía algunos problemas: le resultaba complicado hacer amigos, se enojaba con facilidad. Tampoco era bueno hablando; las palabras no fluían de él como manantial, sino como piedras arrojadas con furia. Además, hay que decir, tenía un ligero problema de habla, no podía pronunciar la letra “r”. El rotacismo lo había acompañado desde temprana edad, y si bien en

casa era tolerado, en la escuela fueron brutales.

Y Carlitos no era bueno sobrellevando frustraciones.

Ese año Carlos supo lo que era odiar a alguien. Y de alguna manera le sentó bien.

Aun siendo niños, la crueldad era cotidiana. El chico debió soportar las cargadas cada vez que hablaba y luego, incluso estando en silencio.

El peor de todos fue un chico que vivía a la vuelta de su casa. Él fue quien se ensañaba con él. “Caglos, vení”, le decía y todos se mataban de risa.

Algo que molestaba especialmente a nuestro Carlos era el parecido; el otro chico también se llamaba Carlos, pero el apellido era impronunciable para él: Rodríguez. Ni siquiera lo intentaba decir. El otro también era

moreno y delgado. Solo cuando caminaban eran definitivamente distintos.

Un día, cuando estaba en el recreo, el chico escuchó como cantado:

“Caglitos... hagagame la pogongaaaa”. Los chicos se reían a carcajadas. Fue el día que Carlos decidió hacer algo al respecto. Levantó una gran piedra de un costado y salió derecho en dirección al otro chico. Solo veía la cabeza del otro Carlos.

No lo pudo ver, pero de algún lugar salió el padre Corti. Lo tomó en el aire y se lo llevó a un aula: “¿Cómo le vas a querer pegar con semejante piedra a un nene?”, le decía el cura. “¿Pero vos estás loco?”

Doña Blanca fue llamada a la escuela ante tal acto de violencia.

“Mi hijo no va a ser tratado así, como un animal”, le dijo a la señorita Mirta. “Su hijo pudo herir gravemente a otro chico. Lo pudo haber matado”, replicó la maestra.

Pero la madre no quería escuchar razones. Tomó a su hijo y Carlitos ya nunca volvió a esa escuela, ni a ninguna.

Ese año no hablaron de estudiar. Carlitos casi no salía de casa.

Un día, la vecina Tita estaba tomando mate con doña Blanca, mientras Carlitos estaba ahí, mirando por la ventana. “El otro día vi a Carlitos saliendo de la escuela. ¡Qué campera linda tenía!” dijo la vecina.

Doña Blanca miró extrañada a su hijo: “Carlitos ya no va a la escuela” respondió. Entonces el niño intervino: “No era yo, vecina. Era el otro Carlos. Somos parecidos. Él tiene la campera

linda. Yo no”, dijo y siguió mirando por la ventana.

Los días pueden ser largos cuando uno no tiene obligaciones. Más aún lo son para un niño.

Ese año Carlitos buscó muchos animales; gatos, perros y algún pajarito.

Animal que entraba en esa casa no salía.

II

Pasaron algunos años. Todo en la casa González parecía igual. Un día el hermano mayor, Leonardo, llegó a casa con un televisor... ¡a color!

La madre, feliz, le fue a contar a Carlos sobre tal evento. El muchacho estaba durmiendo en su cuarto, que era el galpón donde también estaban las gallinas.

“Carlitos, vení. El Leo trajo una televisión. ¡Es a color! ¡Vení!”

La mujer, en toda su emoción, no veía el decorado del cuartucho: pieles secando y unos guantes de boxeo que nunca fueron usados.

La alegría por el televisor duró lo que dura el efecto de una ginebra. Carlos no podía estar mucho tiempo sin tomar. Su mamá le compraba alcohol cuando podía permitírselo, pero trabajar limpiando casas no le dejaba una gran ganancia.

Un día que sí hubo alcohol, torta y confites fue el quince de mayo; el cumpleaños de Carlitos. Ya era legalmente un adulto y lo festejó

como se debía: tomó ginebra con su madre hasta la madrugada.

Madre e hijo tardaron en atender a la puerta. Una carta había llegado y, por primera vez, era para Carlos.

La Nación lo llamaba.

Unos meses después, la madre lo llevó hasta el Kilómetro 11, al regimiento donde pasaría unos meses. Allí aprendería a defender a la Patria.

Para sorpresa de sus hermanos, Carlos parecía encajar en el ejército. Hacía más o menos lo que le ordenaban y se mantuvo sobrio por un tiempo récord. Ese primer mes fue, quizás, el único momento de gloria que Carlos había experimentado.

Para cuando la idea de paz estaba a punto de asentarse en su mente, escuchó los comentarios: un chico de

su barrio había llegado al regimiento. La descripción que le llegó fue incuestionable: era igual que él, hasta con el mismo nombre, pero distinto.

Carlos Rodríguez ya estaba en servicio desde hacía medio año. Su desempeño había sido tan notorio que fue enviado un mes al campo, para supervisar un grupo de conscriptos. Había sido nombrado dragoneante.

A la mañana siguiente, Carlos despertó con la voz de su antiguo enemigo: “¡Arriba! Vamos todos, carajo. ¡Vamos a correr!”

Luego de una media hora de ejercicio volvieron a las barracas. El dragoneante pasó al lado de los muchachos levantándoles el ánimo: “Estuvieron muy bien, soldados.” Entonces, al pasar al lado de Carlos, se detuvo.

“¿Carlitos? ¿Sos vos? ¡Hola, che!”, dijo con una palmada en un hombro y siguió caminando y conversando con otros reclutas.

Carlos González apenas comió durante el desayuno. Sintió que cualquier hálito de paz quedaba sepultado bajo la sombra de ese chico malvado y abusivo que se había transformado ahora en su dragoneante.

Algún oscuro dominó comenzó a caer en su alma. Esta vez no estaba el padre Corti para quitar la piedra de su mano.

Así pasaron esos meses; uno dando órdenes, el otro intentando obedecerlas. Fue un verano abrasador, tanto para el cuerpo como para el espíritu.

Carlos veía a su superior dando órdenes, contando historias de

Comodoro y la escuela. Alardeando de su hermosa novia que lo esperaba en el barrio. Y siempre lo hacía con su cigarrillo medio colgando de los labios. Luego lo tomaba con dos dedos; con el anular y el pulgar, cerrando un ojo, como James Dean y lo hacía volar con un movimiento ensayado.

Una mañana el dragoneante los despertó con una noticia bomba: el ejército argentino había recuperado las Islas Malvinas.

La mayoría de los chicos estaban exaltados por la novedad. Rodríguez dijo que, lamentablemente, ellos no tomarían parte de la recuperación. Algunos chicos mostraron su desilusión. Carlos no dejaba de mirar al portador de tal información.

No había pasado una semana cuando se les informó que pusieran sus pertenencias en un bolso: ese día

volaban. No dijeron hacia dónde, tampoco preguntaron. No era necesario.

El grupo de Carlos subió a un Hércules que estaba pintado de verde y que tenía la bandera argentina en un costado. Se podían escuchar los gritos de aliento y frenesí: “¡Llegó la hora!”, “¡Viva la Patria!” y las demás efusiones obligatorias a la situación.

Mientras los chicos imaginaban sus medallas en el pecho y a cuántos ingleses iban a liquidar, Carlos seguía mirando, desde un rincón oscuro del avión, a Carlos. El otro Carlos.

El vuelo duró algunas horas. Casi nadie pudo dormir. Se escuchaban todo tipo de historias y sueños: que la mamá que espera, que cuántos disparos puede hacer el FAL, etc. Pero en la mente del chico de Comodoro solo aparecían las pieles colgando de la pared de su

cuartucho. Y en su interior se regodeaba con sumarle otra piel más.

Estuvieron solo unas horas en el aeropuerto de Puerto Argentino. Comieron algo y tomaron mate cocido.

Un helicóptero los llevó a algún rincón de las islas. Para Carlos el lugar era más o menos igual que las afueras de Comodoro: feo, gris y aburrido.

El dragoneante Rodríguez les ordenó cavar las trincheras. Estuvieron así unos días, unas horas cavando, otras comiendo, otras mirando el horizonte. Llegaron otros chicos para reforzar la posición. Estaban Correa, el petiso de Concordia, Ojeda, el gordo de Curuzú Cuatiá y Molina, el colorado de Esquel. Por las noches, Carlos escuchaba cuchicheos, confesiones y algún llanto.

El Colo Molina no paraba de hablar del dragoneante, que conocía toda la geografía de las islas, que su novia Elisa lo esperaba en Comodoro, que sabía tocar la guitarra como Spinetta y mil estupideces más.

Una noche, el grupo de Carlos despertó con la lluvia de bombas arrojadas desde algún barco, perdido en la negrura del mar. Los chicos gritaban y lloraban. El dragoneante llegó a calmarlos, que “ya se van a cansar de tirar. No nos ven más que nosotros a ellos.” Mientras tanto, Carlos estaba en un rincón de la trinchera, petrificado por el terror.

Al día siguiente vieron que, a pesar de la oscuridad, los ingleses sí tenían cierta capacidad de observación. Sepultaron cinco muchachos en el suelo casi congelado. Para el momento de cavar las fosas, Carlos tuvo una oportuna necesidad de ir al

baño. Miró desde la distancia cómo sus compañeros ponían los cuerpos en la tierra fría, seca e indiferente de Malvinas.

Al día siguiente llegaron órdenes: un grupo debía ir a reforzar una posición del otro lado de la bahía. Carlos y Molina, el colorado, fueron elegidos entre otros diez, el dragoneante se quedó.

Caminaron por más de una hora hasta llegar a unas trincheras vacías. En un costado pudieron ver varios grupos de tierra levantada. El olor le recordó a Carlos su viejo cuarto en el barrio San Martín.

Fueron dos días con sus dos noches más estresantes para Carlos. Los otros soldados decían que un grupo especial del ejército inglés estaba en camino. Eran unos hombres no británicos, sino de algún país de Asia.

Eran los perros de la guerra, los asesinos profesionales.

Carlos pensaba y repensaba cómo podría hacer para retirarse. Quizás si decía que estaba herido, que se sentía mal.

La tercera noche ocurrió. Alguien gritó que estaban desembarcando con gomones al oeste de su posición, dijeron que eran los gurkas, los perros.

Se pusieron en posición de combate, colocaron las bayonetas en los fusiles. “Acá no se rinde nadie” se le escuchó decir a alguien. En un momento, Carlos pudo ver en el cielo unas luces rojas y amarillas volando hacia ellos. Primero creyó que eran bombas, luego se dio cuenta que eran solo luces.

Con cientos de bengalas cayendo como copos de nieve, el primer grupo

británico cayó sobre ellos. No por el frente, por donde habían desembarcado en gomones, sino por atrás.

Carlos alcanzó a ver cómo moría uno de los chicos a su lado. Luego no pudo ver nada, solo escuchaba los gritos, de terror o dolor. Se había metido en uno de los agujeros de la trinchera. Cuando miró por encima de su hombro, pudo ver a Molina, el pelirrojo de Esquel, también escondido del otro lado de la trinchera.

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Dos horas o cinco minutos? Ni Carlos ni los gurkas lo sabrían. El comodorense estaba hecho una bola, esperando el final, cuando escuchó a alguien entrar a la trinchera detrás de él. Esperó el momento.

Pero, en lugar de escuchar algo en inglés, escuchó su propio nombre, en

perfecto comodoreño. “¡Carlitos! Arriba. ¡Vamos, carajo!”

Era el dragoneante, Carlos Rodríguez, mirándolo desde arriba, con la mano extendida. “Son demasiado. Están llegando más. ¡Vámonos!” fueron sus últimas palabras.

Carlos se dio vuelta con su FAL en las manos. El fusil tenía la bayoneta lista para repeler el ataque. Por un instante, Carlos se vio a sí mismo como testigo de sus propios actos. Vio su fusil dirigirse al cuerpo del dragoneante. Vio el metal entrando justo donde debería estar el corazón de Carlos.

El muchacho ni dijo nada, no emitió ningún sonido. Con la luz de una bengala al caer, Carlos vio al otro mirándolo fijamente. Y la imagen que quedaría en él no fueron las luces de las bengalas, ni los horizontes

sobrecogedores. Lo que nunca abandonaría los recuerdos de González sería esa pequeña sonrisa dibujada en su víctima.

Carlos vio pasar a unos soldados argentinos corriendo en una dirección. Los siguió. Otros fueron con él.

Carlos no volvió a participar en otro combate. Un día su superior les informó que todo había terminado. Fueron en fila a arrojar sus fusiles sobre una gran bolsa de plástico. Pudo ver algunos soldados ingleses atentos a sus movimientos.

Algunos chicos miraban con odio a los británicos, otros con miedo. Carlos estaba lleno de indiferencia. Su guerra había terminado unas semanas antes.

Los muchachos subieron a un avión Hércules —¿sería el mismo que los

trajo?— y volaron al continente muy de noche.

Carlos esperaba llegar a Comodoro, pero primero fueron a algún aeropuerto. Nunca supo cuál fue. Una enfermera lo revisó y un hombre de barba y aliento a ginebra le recomendó “volver a casa, abrazar a su mamá y no hablar mucho de lo que pasó en las islas”.

Cuando salió del regimiento de Kilómetro 11, no había una orquesta militar ni señoras con flores. Carlos y otros ex conscriptos fueron caminando hasta una parada de colectivo.

Llegó a su casa del barrio San Martín casi al mediodía. Su mamá lo abrazó sin decir palabras.

III

Carlos no podía dejar de pensar en Elisa, la chica de Rodríguez. Sin dudas era Elisa Barrientos, la linda del barrio.

Luego de meditarlo por unas semanas, comenzó a madurar su plan.

No era suficiente haberle quitado la vida a ese ser corrupto. Eso era, al menos en su moral, justicia. Lo que debía hacer para equilibrar la vida, el destino, era apropiarse de lo que fuera de Carlos Rodríguez. Un poco sin querer, otro poco queriendo, comenzó a cambiar su vida. O al menos la parte visible.

Cuando la madre se fue a trabajar, Carlos entró al dormitorio de la vieja. “Ella siempre guarda la plata en la lata de galletitas”, se dijo y empezó a buscar en los estantes.

Un rato después del mediodía Carlos estaba en La Loma, el barrio que está al norte del San Martín. Allí las calles estaban limpias, los coches parecían más nuevos y allí también trabajaban “las chicas”.

Entró en un cuartito con las cortinas cerradas. La mujer tendría unos veinte años más que él. No podría decir que era atractiva, pero tampoco tenía tanto dinero.

La mujer se quitó la ropa y esperaba que el muchacho hiciera lo mismo. Carlos, en cambio, quedó mirando una guitarra que asomaba detrás de una montaña de ropa sucia.

“¿Es eléctrica?” preguntó el chico.

“¿Querés o no?” cuestionó la mujer.

Un poco de mala gana, Carlos se quitó la ropa y se subió sobre la mujer que lo esperaba con las piernas abiertas.

Carlos hizo lo que pensó tenía que hacer. Se movía como había visto en una película.

La mujer lo apartó un poco: “¿Qué hacés?”

El chico se miró abajo, con algo de vergüenza contestó:

“No sé qué pasa.”

La mujer lo tocó un rato y luego se dio por vencida.

“Me parece que no querés. Ese es el problema”, dijo, se levantó y entró en un bañito que había en un costado a lavarse.

Carlos no dejaba de mirarla. Mientras la mujer estaba en el baño, el

muchacho se puso los pantalones otra vez. Miró un poco en dirección al baño. La mujer estaba hablando sola, o con alguien a quien Carlos no veía.

El chico tomó la guitarra y salió caminando de la habitación.

Carlos fue a su cuarto, donde ya no había gallinas. Le pareció que las pieles y cuchillos ya no estaban acordes a su nuevo perfil. Limpió un poco la habitación y colgó la guitarra eléctrica en el centro de la pared. El futuro solo podía ser brillante, pensó.

La vecina Tita le dijo dónde vivía Elisa Barrientos. Llegó un sábado antes del mediodía. Hacía mucho calor.

“Hola, Elisa. Soy Carlos González. Combatí con tu novio en las islas. Quería hablar con vos”, se presentó.

Ese día, cuando Carlos se fue de la casa de la chica, esta le dio un gran abrazo. El chico no recordaba que

alguna chica lo hubiera abrazado así.
Ni chica ni nadie fuera de su madre.

Mientras caminaba hacia su casa, no podía dejar de pensar en la chica cuando lo abrazó. “Sus tetas son tan duras”, se decía una y otra vez, como un mantra.

Al pasar cerca de un almacén pensó que ya era hora de empezar a fumar: ¿qué clase de hombre no fuma?

Durante meses Carlos practicó más el fumar con un ojo medio cerrado que los acordes en la guitarra. Quizás solo intentó hacer música una vez. Y Carlos no era bueno lidiando con las frustraciones.

Un día, Clarita, la hija de la vecina, entró a su habitación. “Tu mamá me dijo que sabés tocar la guitarra” dijo la chica de cabellos negros, largos y lacios.

“Sí, es verdad. Toco bastante bien, pero...” luego hizo una pausa para dar otra pitada a su cigarrillo. “Desde que perdí a mi amigo en las Islas, decidí no volver a tocar. Cuando estábamos ahí nos prometimos hacer una banda y tocar juntos, grabar un disco.”

La chica lo miraba con los ojos muy abiertos.

“Tengo que respetar mi palabra”, dijo mirando la guitarra. “Voy a volver a tocar cuando nos encontremos otra vez, algún día.”

La chica se quedó con él varias horas. Carlos le contaba historias en que ayudaba a los chicos del norte, que no conocían los rigores del sur, de la Patagonia dura. Le contó cómo una vez tuvo que quitarle la vida a un soldado inglés. Que no lo hacía sentir feliz ni orgulloso... pero la guerra es así.

En un momento, la chica se sentó un poco más cerca de él, en la cama. Carlos se sintió feliz y aterrado.

Entonces entró doña Berta, la mamá de la chica: “Clarita, vamo pa la casa.”

Carlos quedó ahí, solo, midiendo el nivel de éxito de sus palabras. Incluso cuando aún no podía decir la letra r correctamente, una chica parecía rendirse a él.

Su hermano Leonardo había comprado, mientras él estaba luchando por la patria, un coche usado. Era un Fiat 1500 de 1968. La pintura estaba cansada y los frenos no reaccionaban bien, pero era un coche.

Luego de una larga negociación, Carlos convenció a su hermano de que le prestara el coche. No podríamos decir que Carlos

aprendiera a manejar, pero el vehículo iba del punto A al B, como era esperable.

Desde una radio barrial se transmitía un programa donde entrevistaban a personal involucrado en el conflicto de las islas. Como era de esperarse, un día invitaron a Carlos.

En esa hora que duró el programa, Carlos terminó de definir su visión del conflicto. Repitió alguna cosa que su hermano dijera sobre los británicos y contó con cada vez más detalle cómo él, un simple chico de barrio, acompañó a los muchachos del norte.

Esa tarde, al volver a casa, notó que el coche estaba casi sin combustible. De mala gana fue a ponerle unos litros. Mientras esperaba a que el líquido llenara el tanque, vio, en un costado de la estación, a un hombre de chaqueta de cuero y vaqueros ajustados.

El joven también le ponía nafta a su coche. Carlos, sin darse cuenta, miró cada parte del cuerpo del hombre: la pose, el blanco de la camiseta que modelaba su pecho, el pelo que se movía al viento.

En un instante, el joven miró hacia Carlos, que inmediatamente puso sus ojos en el surtidor.

Cuando llegó a casa, la madre abrazó a su hijo héroe como solo una madre podría hacerlo.

Esa noche, los sueños de Carlos tuvieron menos chicas y combates que viento en el pelo.

Ese fin de semana Carlos sintió que debería poner a prueba su nuevo arsenal seductor. Fue hasta “Oasis”, el bar que estaba a unas cuadras de casa. En ese lugar, parecía que siempre era de noche. Las ventanas estaban pintadas y adentro la luz

artificial, que era mezquina, siempre estaba encendida.

Creyó que la gente lo reconocería inmediatamente, como el “héroe de Malvinas que estuvo en la radio”, pero nadie pareció notarlo.

Pidió una ginebra y se sentó a la barra. Había algunos hombres y dos mujeres en ese momento. Aunque nadie hablaba con nadie, Carlos creyó que esa era una hermosa y sana comunidad.

En esos pensamientos estaba cuando una mujer, algo mayor de lo que él hubiera esperado, se sentó a su lado.

“Vos sos gay, ¿no?”, soltó la mujer. Carlos se sobresaltó un poco y atropellándose con las palabras negó la situación:

“A mí me gustan las mujeres, nada más”, dijo con dudable convicción.

La mujer asintió y no volvió a hablarle.

Carlos consideró ese bar como de mala muerte y no regresó.

Un día, su hermano Leonardo se le acercó: “Mamá no está bien. Necesita descansar. Ya es hora de que busques un trabajo”, le dijo y las palabras escondían una amenaza.

Así fue como uno de los vecinos, el Jaime, le ofreció trabajar a medio tiempo en su taller chapista.

IV

El nuevo milenio había llegado y no había traído nada de lo que había prometido: ni coches voladores ni el fin del mundo.

Lo que sí llegó en la vida de Carlos fue el amor, o al menos una compañía. Desde que empezó a trabajar en el taller del Jaime, una mujer que vivía enfrente lo saludaba cada día. La Yeni era una admiradora que lo escuchaba por la radio y que finalmente logró hacer que Carlos la invitara a salir.

La Yeni había comenzado la relación con un gran entusiasmo. Les había contado a todos en su familia que había conocido al héroe del barrio. Gracias a ese fervor, la mujer no le daba demasiada importancia al hecho de que, en la intimidad, Carlos casi no la quisiera tocar.

Sin embargo, los compañeros del taller no se veían cegados por las medallas de Carlos. Aún sin tener pruebas de nada, no parecían creer posible que ese hombrecillo hubiera sido un líder durante el conflicto.

El punto de quiebre para la Yeni fue la noche que fueron a Oasis. Si bien la noche fue más o menos como siempre, es decir, con su pareja más interesada en los otros que en ella, algo pasó al salir.

Cuando llegaron a la esquina, dos hombres se acercaron a ellos: “Eh, ameo. ¿Tené hora?”, dijo uno, mientras la Yeni aferraba el brazo de su hombre.

La mujer miró a Carlos, esperando que tomara el control de la situación, pero al ver que uno tenía un cuchillo, Carlos empezó a vaciar sus bolsillos. Cuando ellos escucharon “pog favor, no me hagan nada”, empezaron a reírse, tomaron el dinero y se fueron corriendo.

La Yeni se fue caminando sola a su casa, Carlos hizo lo mismo.

Al día siguiente, nadie parecía notar nada en el trabajo. Carlos siguió golpeando puertas y guardabarros hasta la noche.

Una tarde, la Yeni pasó a hablar con Carlos: “Ya no quiero que estemos juntos”, le dijo y Carlos no discutió.

Si bien esas semanas parecían ser tristes y vacías para Carlos, hubo algo que compensó la situación: empezaba el mundial en Corea y Japón y todos se veían esperanzados.

En el taller los ruidos de los golpes hacían que la radio casi no se escuchara. Cuando jugaba Argentina, llevaban un viejo televisor para ver a Ortega, Batistuta y Zanetti. Las eliminatorias habían sido triunfales para Argentina. Muchos decían que el mundial era un trámite y que deberían darle la copa ya, sin más.

Los tres partidos de la fase inicial fueron la mayor debacle de Argentina en un mundial. La selección no pudo reunir los puntos necesarios para pasar de ronda. Cuando corrían los últimos minutos del partido contra Suecia, el empate condenaba a la selección a la mayor catástrofe de los últimos tiempos.

No hubo gol salvador.

Carlos explotó de enojo y frustración: “¡Qué flojitos que son! Hacen falta hombres de verdad ahí. Falta un Passarella, un Olguín. Hombres de verdad. Mirá a ese Batistuta con su pelito largo”.

Uno de los trabajadores tiró la barreta que tenía en la mano: “Pero si vos arrugaste con los chorros, gil. La Yeni contó cómo te measte encima. Además sos puto.”

Carlos esperaba las risas de los otros hombres. Hubo silencio. Los demás lo miraron, no como ante una revelación, sino confirmando lo que ya sabían.

Carlos miró con furia al que dijo esas palabras. Solo veía su cabeza.

Caminó hacia él y tomó la barreta que estaba en el suelo. Otra vez se vio como testigo de sus actos: la barreta subió entre sus manos, y bajó sobre la cabeza del hombre.

Y otra vez. Y otra

V

El Penal de Rawson es exactamente el tipo de lugar que uno se puede imaginar: frío, seco, indiferente.

Carlos recordaba la cara de su mamá llorando, pero no podía encontrar memorias sobre su primer día en prisión. Tampoco se acordaba de las cien reglas que le recitaron al llegar. No le dio demasiada importancia, las reglas no eran algo que le quitara el sueño.

Pasó el primer año con cierta facilidad. El ser un ex combatiente le permitía una vida tranquila y hasta con algún lujo: tomar mate cocido y comer dulce de membrillo casi cada día. Cuando volvía a su celda solía mirarse en el espejo de metal y, a veces, sentía que le gustaba lo que veía.

Un día llegó un hombre desde la cordillera. No escuchó su nombre, pero al verlo, le recordó algo sobre una estación de combustible. El hombre no tenía su pelo rojo al viento, pero Carlos notó que lo miraba

mucho. Más de lo que cualquier otro hombre lo había mirado.

En cada lugar hay reglas, en todo recinto hay jefes. En el Penal de Rawson, entre los presos del pabellón de Carlos, ese jefe era el Cholo. Este hombre era muy alto, hacía ejercicio cada día y su voz era como la de un locutor de FM. Si el Cholo decía “traeme agua”, el otro iba rápido a traerle agua.

Era el primero de abril cuando Carlos percibió el cambio. Se estaba hablando sobre el festejo del día siguiente para conmemorar la retoma de Malvinas. Uno de los guardias habló de una “linda sorpresa” para los veteranos. Lo que Carlos vio fue al colorado de la cordillera hablando con el Cholo, luego con los guardias.

Desde ese momento el aire se podía cortar cuando Carlos aparecía. Los

presos dejaban de hablar, ya nadie lo miraba. Nadie excepto el colorado.

Carlos nunca entendió bien cómo funcionaba eso de la sociedad y la amistad. Tal vez esa forma de comportarse era normal. Tampoco eso le quitaría el sueño.

Al día siguiente se levantó como cada día. Se lavó un poco y se sorprendió de que no hubiera dulce de membrillo para él esa mañana. ¡Especialmente en ese día!

Luego de los ejercicios de las nueve de la mañana, el guardia se acercó a Carlos y le dijo: “Volvé a tu celda.” Carlos lo miró sin protestar y volvió a su celda. Cuando estaba ahí, el guardia le avisó: “No salgas hasta que te llame.”

Un rato después, desde la celda de Carlos se pudo escuchar que llegaba el director del penal. Era un hombre

en sus sesenta, un poco grueso que tenía debilidad por los veteranos. Carlos lo sabía y por eso le parecía raro que no le permitieran verlo.

Carlos aguzó el oído. El director había reunido a los ex combatientes y les hablaba. Pudo escuchar algo sobre “ramos de flores” y luego escuchó: “...porque la vida los ha enviado acá, para pagar por sus errores. Pero también ustedes lucharon para defender la Patria. Arriesgaron la vida por nosotros, y eso lo reconocemos. En nombre del Estado Argentino los saludo y les agradezco el servicio...” luego hubo un silencio y se escuchó: “¡Viva la Patria!” y los demás presos respondieron a coro: “¡Viva!”

Carlos estaba con la almohada sobre la cara. Comenzó a morderla.

Un rato después el director se había retirado.

Carlos se puso de pie y volvió a prestar atención sobre lo que pasaba en el pasillo. Estando allí de pie, se había colocado justo frente al espejo de metal. Mientras estaba ahí, vio el espejo, pero notó algo inquietante: no era su cara la que se reflejaba. El espejo devolvía otra cara, la cara de Carlos Rodríguez sonriendo.

Carlos se sorprendió. Se acercó al espejo y de nuevo vio su propia cara. El hombre miró hacia el pasillo y pensó: “Hijos de puta. Era mi dulce.”

Otro año pasó en el Penal. Nada cambió significativamente. Los presos le rehuían, los guardias no le dirigían la palabra. Solamente veía, de tanto en tanto, a su enemigo mortal reflejado en el espejo.

Al acercarse el siguiente aniversario, escuchó a unos presos hablar de los ex combatientes que habían viajado a las islas. Que uno incluso dejó una

camiseta de la selección en el Cementerio de Darwin. Carlos escuchaba y volvía al espejo. Esperaba algún tipo de explicación por parte del espectro que creía ver ahí.

“¿Estás contento de verme así?”, dijo en un momento Carlos, con los ojos clavados en el espejo. “Claro que sí. Siempre te reíste de mí”, pensaba y en su mente tampoco podía decir bien la r.

Carlos escuchó decir que Argentina había sido eliminada por Alemania en el mundial de Rusia. Era justo lo que esperaba de esos poco-hombres que defendían los colores nacionales.

Ese día le dijeron que tenía una visita. Para Carlos fue tan sorprendente que alguien lo visitara como que uno de los guardias le hubiera hablado.

Su visita era una trabajadora social, la doctora Andrade. La mujer le dio la mano. Carlos quedó pensando en esa piel durante días.

Carlos fue informado del deceso de su madre. Murió mientras dormía. “No sufrió” aseguró la mujer, aunque algo en Carlos sabía que eso no era verdad.

Luego la doctora empezó a hacerle preguntas. “En cinco años se podría tramitar una salida temporal”, decía ella y Carlos solo pensaba en volver con el espejo.

La soledad en el Penal de Rawson fue de tal magnitud que únicamente alguien como Carlos podría haberlo soportado. No por su fortaleza sino porque no había nada que destruir, nada que cuidar.

Un día que había mucho viento, volvió la doctora Andrade. “La

semana que viene va a obtener la libertad, González”, dijo ella con genuina emoción. Luego sacó unos papeles y le explicó sus derechos y la pensión que le correspondía como veterano de guerra. Carlos miró los papeles... y la blusa de la doctora.

Carlos sintió algo de aversión ante la posibilidad de salir otra vez. Pero la verdad era que estaba más interesado en el presente mundial en Qatar. Decían que Messi tendría su gran oportunidad.

El día en que fue liberado, la doctora le entregó algo de dinero en efectivo, un teléfono móvil funcionando y una dirección: “Es un hotel modesto, pero puede ser un hogar. Por ahora”.

VI

Era un hotel del barrio Jorge Newbery. Ciertamente no era lujoso, pero también era verdad que Carlos nunca estuvo en un lugar tan limpio y donde las cosas funcionaran.

Le entregaron la llave de la habitación trece, en el primer piso. Desde su ventana se podía ver la avenida Rivadavia. Pasaban coches y personas a cada momento del día y de la noche.

Carlos miraba el teléfono que le había dado la mujer. Sin pensarlo demasiado, lo tiró en el cesto de la habitación. Se acostó a dormir.

Lo despertaron las bocinas y gritos desde la calle. Se asomó a la ventana

y pudo ver miles de personas con la bandera argentina. Con el sopor del sueño aún sobre él comprendió.

Argentina era campeona otra vez.

Con una sonrisa se fue a ponerse los pantalones. Esperó muchos años para poder celebrar con todos tal día. Entonces, cuando abrió la puerta, vio en un costado el espejo.

No se vio a sí mismo. Del otro lado Carlos Rodríguez lo observaba con su sonrisa eterna.

“¿A dónde vas vos? Eso no es para vos. Asesino. Chanta. Vos no tenés derecho a festejar nada. ¡Puto!”, escuchaba Carlos y esa voz tenía un problema para decir la r.

Carlos cerró la puerta. Sin sacarse la ropa se tiró sobre la cama. Afuera la ciudad festejaba.

Unos días después la doctora Andrade pasó por el hotel para ver

cómo le iba a Carlos. Desde la consejería dijeron no saber sobre él. Fueron a golpear la puerta. Nadie contestó.

“Debe haber salido, señora”, dijeron y la doctora se fue.

Al día siguiente el conserje envió a un muchacho a golpear otra vez. Esta vez el chico olió algo raro. Algo desagradable.

Volvieron con varias personas y la llave maestra. Al abrir la puerta, el olor era insoportable.

La policía y una ambulancia llegaron. Esa noche el detective concluyó que fue una muerte natural: “fallo cardíaco”, dijo un doctor.

Como Carlos no tenía parientes a quienes llamar, se comunicaron con la doctora Andrade. Ella, a través de un cura amigo, logró que fuera

sepultado siguiendo los ritos cristianos.

Una semana después, Carlos González fue sepultado en una fosa común en el Cementerio Oeste, con un cura y una trabajadora social como testigos.

FIN
